

JESUS Y LOS JOVENES

Hay en el Evangelio un capítulo que diríase escrito para vosotros, puesto que no se habla allí sino de vosotros. Es el capítulo XIX del Evangelio de San Mateo, completado por el capítulo X del de San Marcos. Está dividido en dos partes, como se divide en dos secciones principales todo colegio: la sección de mayores y la de menores. La primera parte es para los menores: es un cuadro que presenta a Nuestro Señor Jesucristo bendiciendo a los niños. Lo he puesto ya ante vosotros. La segunda se dirige a los mayores: es un cuadro que representa a Jesucristo acogiendo, dirigiendo, iba a decir, confesando, en fin, llamando a sí a un joven. Si tuviera que poner nombre a este capítulo, le llamaría Jesucristo y los niños, Jesucristo y los jóvenes. Es ciertamente vuestro capítulo.

Conocéis ya la primera parte. ¿Queréis escuchar hoy la explicación de la segunda?

En los tiempos de los Padres de la Iglesia, el obispo, el sacerdote o el diácono encargado de dirigir la palabra en las santas asambleas, precedido de luces, subía al púlpito, y abriendo allí los divinos Evangelios, leía algunos pasajes, y los comentaba en seguida palabra por palabra. Aquel comentario se llamaba homilía, con lo cual se expresa la forma simple y familiar de aquella clase de conferencias. Nada más a propósito en nuestro lenguaje con vosotros. Aquí está el libro de los Evangelios que abro en el capítulo que os toca a vosotros. Prestad atento oído a su instrucción.

I

Dice la continuación de este santo libro que habiéndose detenido Jesús algún tiempo en la casa en que había recibido y bendecido a los niños, se puso luego en marcha: *Et cum ingressus esset in viam*. Un joven le salió entonces al encuentro. El Evangelio le da el

nombre de *adolescens*. Además, San Lucas le da el calificativo de *princeps*, lo cual quiere decir que pertenecía a una de las principales familias de la comarca. Por su actitud al presentarse se conoce inmediatamente que es un joven de finas maneras, pues se presenta al Señor doblando la rodilla: *procurrens genuflexo*, como corresponde a un joven educado, en presencia del representante de la autoridad de Dios.

Escuchad cómo habla: ¿*Magister bone*, dice aproximándose, *quid faciam ut vitam aeternam percipiam*? Su primera palabra es de oración y de confianza. Jesús es maestro, debemos aprender en su escuela. Jesús es un buen maestro, en él debemos depositar toda nuestra confianza. Además, ved cómo no hace a Jesús preguntas vanas y curiosas sobre cosas fútiles. Trata del negocio de la salvación, del negocio de la vida eterna, cuyos caminos quiere conocer. ¿Qué otra cosa podéis pedir vosotros en vuestras oraciones, en vuestros retiros y en vuestras comuniones? Lo único necesario, hijos míos: *vitam aeternam*.

Llena de enseñanzas está la respuesta de Jesucristo. El joven que le llama *Maestro bueno*, con su primera palabra trata de captarse sus simpatías. Pero el Maestro de la humildad no se deja prender en este lazo de adulación, y con una gravedad que debió asustar en un principio al amable joven, le responde diciendo: ¿*Quid me dicis bonum*? ¿Por qué me llamas bueno? Envía más arriba el homenaje, y que llegue hasta Dios, porque sólo Dios es bueno: *Nemo bonus nisi solus Deus*. Conque sólo Dios es bueno, hijos míos! Sólo Dios, a quien es necesario ver siempre tras de estas especies o apariencias mortales que somos nosotros. Sólo Dios, a quien es necesario amar, servir y admirar. Sólo Dios, ante el cual debéis siempre inclinaros profundamente. Además, ¿qué ventajas sacamos de vuestros elogios y de vuestros homenajes? Está bien que tratemos esto entre vosotros y nosotros. Pero escuchad: Jesucristo va derecho al punto, y ese punto es el deber: *Praecep-*

ta nosti, sabes los mandamientos. Estáis aquí, hijos míos, para observar la ley : la ley moral, la ley religiosa, la ley disciplinar, el reglamento de la escuela, del estudio, de la clase ; por todas partes y siempre el reglamento. Y estamos aquí nosotros para recordároslo constantemente : *Praecepta nosti* : el deber, el reglamento. Esta será siempre nuestra austera respuesta a vuestros saludos de adulación. Llamadnos buenos cuanto queráis : consistirá toda nuestra bondad en haceros buenos por la práctica de la ley : *Praecepta nosti*.

Sobre esta ley, sobre este deber, invita Jesús a su noble joven oyente a hacer el examen de su conciencia, y en cuatro palabras hace el resumen de todo el decálogo : ley de pureza, ley de probidad, ley de verdad y ley de respeto. Jóvenes conciencias, sed para nosotros las tablas de la ley, y permitidnos grabar en ellas esa ley fundamental bajo la inspiración de Dios.

Al escuchar aquellas cosas, no experimentó dificultad alguna el joven del Evangelio, porque su conciencia de nada le acusaba : *Magister haec omnia servavi a juventute mea*. Y era verdad. En su presencia tenía nuestro Señor Jesucristo una de esas almas que han sabido conservarse en gracia, y para las cuales la virtud es una fiel amiga que jamás las traiciona. Hay todavía almas de ese temple, gracias a Dios. Creo que las hay también aquí en esos bancos. No son tan raros ni en las familias religiosas, ni en las escuelas cristianas, los jóvenes que desde su niñez han guardado los mandamientos que aprendieron en las rodillas de sus madres, y a los cuales basta con decirles : "esto no está bien," para que retrocedan con horror. Se repite de ellos y al rededor de ellos lo que un día se dijo de Tobías : "Siendo el más joven de todos los de la tribu de Neftalí, no por eso hizo cosa pueril en sus acciones ; y esas y otras cosas al tenor de la ley de Dios observaba el jovencito." Esa ley ha sido para ellos una arma y un adorno. Los ha revestido de belleza delante de los hombres, y ha-

ciendo llegar hasta ellos sus miradas desde lo más alto de los cielos, el Dios de toda santidad los llama hijos suyos y objeto de todas sus complacencias.

Tal fue, en efecto, aquel día el objeto de las complacencias de Jesús, según el Evangelio. El sagrado libro añade que Jesús llevó su mirada hasta el fondo de aquella alma : *intuitus eum*. Con la misma mirada llega hasta las profundidades del océano. ¿Quién de vosotros ni de nosotros tampoco ha podido ni podrá jamás resistir la fuerza poderosa de esa mirada ? Pero en aquella alma no vio sino la pureza y la transparencia del cristal. Y viéndola y admirándola, Jesús se llenó de gozo, y mirando cara a cara a aquel joven, le amó, dice el Evangelio. *Intuitus eum, dilexit eum*.

No he encontrado en el Evangelio palabras que más encanto y admiración me produzcan que éstas. Y al leerlas me he dicho : luego un Dios puede enamorarse de la belleza moral de su criatura, y posee tal seducción la virtud de un niño y de un joven, que puede hacer una semejante conquista. Oíd cómo hablaba hace unos treinta años el más grande de los obispos de aquel tiempo, el obispo de Poitiers, todavía joven entonces, a la juventud del Círculo Católico de aquella ciudad :

"Jóvenes, les decía, flor y nata de la juventud, jóvenes escogidos, *electi juvenes*, los escritores inspirados jamás hablan con frialdad de vosotros. Sus acentos se coloran de poesía, se animan, se enardecen, se llenan de entusiasmo. Los Evangelistas nos dicen, hablando de un joven, que Jesucristo, después de haberlo oído hablar, le miró y le amó : *Jesus autem intuitus eum, dilexit eum*.

"Señores, añadía el obispo y añado yo con él, señores, estoy rodeado de jóvenes, de la flor de la juventud de la ciudad y de la provincia. Acostumbrado a inspirarme en los sentimientos de la Escritura, no sabré permanecer frío en presencia de esa edad que ella ha sabido representarme siempre coronada de sentimientos nobles, de acciones generosas y de gloriosos combates.

Y puesto que Jesucristo, acostumbrado a vivir rodeado de ángeles, ha inclinado su cabeza adorable para mirar cara a cara a un joven, para amarle más y mejor como consecuencia de aquella mirada, perdonadme si os digo que he tenido deseos de veros, de leer en vuestra frente y en vuestros ojos. Y permitidme añadir que esta mirada ha tenido el mismo efecto que la de Jesús, mi maestro, y que después de haberos mirado os amo: *Intuitus eum, dilexit eum.*”

II

La segunda parte de la escena evangélica es verdaderamente triste. Escuchadla, sin embargo, y aprended a conocer las debilidades del hombre después de las anticipaciones de Dios.

Cuando Jesús ama a un alma, Jesús no tiene para ella sino un deseo: hacerla crecer, cueste lo que cueste; y a ser posible, llevarla a las alturas de la perfección. El joven guardador de la ley le pregunta: “¿Qué me resta aún? ¿*Quid mihi de est?*” Y contesta Jesús: “Te falta una cosa: *Unum tibi dehest.*” ¿Y a quién no falta algo, hijos míos? “¿*Visne perfectus esse?* ¿Quieres ser perfecto?” le pregunta inmediatamente.

Y bien, hijos míos, a vosotros, a vuestra edad hace esa pregunta Jesús. Entre los quince y los veinte años está la edad de las grandes resoluciones y ordinariamente también la de los grandes sacrificios. Una llama de entusiasmo se levanta en vosotros: ¿queréis que esta llama suba? ¿Sois capaces de grandes generosidades, de grandes abnegaciones, de llegar hasta la renuncia de vosotros mismos? ¿Esa vida, cuya dirección todavía os pertenece, queréis llevarla como el común de las gentes, queréis llevarla por caminos comunes, y arrastrarla por sendas vulgares que os pueden llevar a enriqueceros, a divertirlos, a gozar, o queréis mejor ennoblecerla y santificarla haciendo ofrenda de ella ante el altar del Señor para servicio de su Iglesia y ministerio de las almas?

¡Ah! es cierto, sois libres: esa consagración sacerdotal o religiosa, o esa abnegación de toda vuestra vida ocupados en obras buenas en el mundo, no se os impone como condición necesaria de salvación. De contado que cuando se trataba de preceptos, Jesús no los dejaba a la libre elección: los imponía como ley, como obligación; hablaba en imperativo: *Serva mandata.* Aquí os da a escoger, habla condicionalmente: *Si vis perfectus esse.* Ved si esas elevadas alturas son capaces de poner miedo a vuestro valor, y si pueden poner a prueba vuestro amor esas sendas ásperas, por las cuales veis a Jesús que os precede.

Díjole Jesús: “Si quieres ser perfecto, vé, vénde lo que tienes, y dálo a los pobres. En recompensa tendrás un tesoro en el cielo. Después vén y sígueme.” Todo encerrado en cuatro palabras: perfección, condiciones, recompensa, atractivo.

¡Extraña cosa ciertamente! Cuando se ama, se da; el amor de Jesús lo hace de otro modo, despoja. Os estimulan al trabajo y al deber vuestros padres, con el cebo de un regalo: es la sanción humana. Jesús que os ama os honra especialmente al exigiros que renunciéis a todo con grandeza de espíritu, porque, en suma, todo lo de aquí abajo es indigno de vosotros; y os pide también que hagáis un doble y generoso sacrificio de amor, consagrando al trabajo vuestra vida y a los pobres vuestros bienes: *Vende et da pauperibus.* Nada para sí, todo para los demás. ¡Qué sublime beneficio!

Es que es Jesús la recompensa; y cuando nos llama a echar lejos esta carga, es porque sabe que volaremos con más agilidad a sus brazos. Tal es el atractivo que consigue siempre la victoria: tal es el juego divino. Y puede exigirnos semejante abnegación y renuncia quien está dispuesto a pagarnos un precio superior a toda estima: ese precio es el cielo. *Et habebis thesaurum in coelo*; ese precio es su mismo corazón: *veni, et sequere me.*

¡Quién lo creyera! Aquel pobre joven no correspondió a semejantes promesas. Era libre, es verdad; sagrada en tales cosas es la libertad. Porque, si no me engaño, la invitación del Señor era la vocación para el apostolado. Se la hace en los mismos términos en que la hizo a los doce pescadores. *Veni, sequere me, Relictis omnibus scuii sunt eum*. No dejó de luchar interiormente, y grande fue la pena que experimentó en su negación. Hace notar el Evangelista que se retiró triste: *Cum audisset autem adolescens verbum, abiit tristis*. Aquella tristeza no era sino disgusto que tenía de sí mismo. Tener gran concepto de la perfección, y no tener valor para llegar a ella; haber entrevisto el grande ideal, y condenarse a sí mismo a no tener el honor de informar según él su vida; haber escuchado semejantes palabras salidas de tales labios, y resolverse a volver la espalda a tan grande Maestro; haber sido invitado a seguirle, a formar parte de su compañía, a vivir su misma vida, a "llamarse no sólo siervo, sino su amigo," y renunciar a la gloria de ser apóstol, ministro y discípulo de Jesús, ¿quién puede, sin pesar, resignarse a tan inmenso infortunio? *Et abiit tristis*.

¿Qué le detenía? Nos dice el Evangelio que era rico, un grande propietario: *Erat autem habens multas possessiones*. Ved ahí el obstáculo. Tenía todas las comodidades de la vida. Se había acostumbrado al bienestar, al lujo, a la abundancia, al buen trato, y contaba con que, gozando de todo aquello, podía trabajar en su salvación. Despreciarlo todo por Dios, arrojar sus bienes a los pies de Jesús, arrojándose también él mismo, era muy superior a la naturaleza: no podía llegar tan lejos. Esa cadena de oro o de flores os tiene demasiado sujetos para poder quebrarla, y volviendo la espalda a los grandes destinos que se os han ofrecido, tornáis a vuestras *possessiones multas*, a vuestras tierras, a vuestras cacerías, a vuestros viajes, a vuestros juegos, para hacer lo que hacen los demás: habéis errado el camino de vuestra vida. Aquel joven desconocido, nota un

comentador, aquel joven del cual no nos ha quedado ni el nombre, hubiera sido quizá, después de San Juan, el discípulo más amado de Jesús, un evangelista más, un maestro más de la humanidad. Pero no fue más que un propietario, administró sus bienes, y murió.

¿Qué dijo el Señor al ver que se alejaba aquel su joven amigo? El Señor dijo a sus discípulos: "En verdad os digo que con dificultad entrará un rico en el reino de los cielos." ¿Qué es esto? ¿Va a perderse para siempre aquel fiel guardador de los mandamientos, por haber faltado a su vocación? No me atrevo a afirmarlo; pero al escuchar a Jesús que renueva su afirmación con una imagen terrible, ¿quién no tiembla? "Sí, repite todavía, es imposible para los hombres." Felizmente añade: "Todo es posible para Dios." Ved la esperanza, ved la luz de salud que nace en aquella alma joven, fiel hasta entonces, pero tan pobremente generosa: un milagro de la omnipotencia y de la bondad de AQUEL que le había amado.

Conclusión. Se termina este capítulo, vuestro capítulo del Santo Evangelio, con la protestación de San Pedro, y, con la de San Pedro, con la de todos los que como él lo han abandonado todo por seguir a Jesús, haciéndose sus apóstoles: *Ecce nos reliquimus omnia, et sequuti sumus te*. Después viene la respuesta de Jesús, que promete a aquellos valientes el céntuplo en este mundo, y en el otro, con la vida eterna, un lugar, una silla al lado de su trono.

Siempre lo mismo. Tenemos en los colegios cristianos el mismo contraste que acabamos de ver en el colegio de los primeros discípulos de Jesús. De un lado están los que dejan a Jesús, porque ¡ah! hay también entre nosotros quien lo abandona; y del otro lado los que han tenido resolución para dejarlo todo por EL. No hace mucho leí en la vida del R. P. Jandel, Maestro General de la Orden de Santo Domingo, un ejemplo que pasma: terminaré con este ejemplo.

El abate Jandel era superior del Colegio de Pont-á-Mousson desde el año de 1836: hizo mucho bien, pero no consiguió los mismos buenos resultados en todos los alumnos del colegio. "Era necesario, dice un historiador, que hasta en aquel punto interviniese el inefable misterio de la gracia, misterio de maravillosas bondades de parte de Dios, y misterio de infiel ceguera de parte de los niños o de los padres que los han formado, mejor dijera deformado." Este contraste nos lo presentan dos alumnos del R. P. Jandel.

El primero se llamaba Edmundo About. A los diez años las echaba de escéptico, hasta el punto de dudar de sus mismas sensaciones. Un día un vigilante, hallando que había faltado, se permitió tirarle de la oreja, y le preguntó qué sentía: "Nada;" replicó orgullosamente el alumno. El maestro le dio una bofetada añadiendo: "Y qué ha sentido usted ahora?" Y contestó con más terquedad todavía: "Nada." Tenía un talento privilegiado, y en la distribución de premios la impiedad se iba a ver adornada con las más hermosas coronas. El Superior previno el escándalo, suplicando a la señora de About que retirase su niño, pues no se hallaba dispuesto para ser educado por sacerdotes. En efecto, la señora lo retiró clandestinamente a las cuatro de la mañana. Con el tiempo Edmundo About llegó a ser todo o lo que de él se sabe en el diarismo impío y en la literatura ligera.

Al mismo tiempo había en el colegio otro alumno, niño del campo, que estaba cerca de Edmundo About. No contaba con los mismos talentos, pero había recibido del cielo, y había conservado con la vigilancia de sus padres, un corazón puro y que sabía amar a Dios. Se llamaba Agustín Schoeffler. Tenía entonces de catorce a quince años. Por su piedad mereció que el Señor le diese vocación para las misiones extranjeras. Partió para el Tonkín, donde tuvo un apostolado demasiado corto, pero un martirio muy glorioso. El gran

mandarín lo condenó a ser decapitado. El héroe de la fe, de treinta años de edad, iba con el semblante risueño y levantada la cabeza, alzando con sus manos la cadena y diciendo algunas oraciones. ¡Qué hermoso!, decían los paganos, ¡qué héroe!, va a la muerte como van otros a una fiesta." La admiración no tuvo límites cuando le vieron arrojar una de sus sandalias para correr con más ligereza. Tal era el estremecimiento del verdugo, que sólo al tercer golpe pudo cortarle la cabeza. Era uno de los primeros días del mes de María. El siervo de Dios fue declarado venerable por Pío IX el 24 de septiembre de 1857.

La homilía está hecha, hijos míos. Cerremos el libro del Evangelio, besándolo yo, y respondiendo vosotros como el acólito en la misa: *Laus tibi Christe.*

MONS. BAUNARD

ACTOS OFICIALES

Renuncia del secretario y resolución

I

Bogotá, 31 de enero de 1914

Señor doctor don R. M. Carrasquilla, Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario—E. S. D.

Por aproximarse el tiempo en que debo graduarme doctor en jurisprudencia es menester que me separe del Colegio.

El dolor grande que siento al dejar mi casa, estos días venturosos de la vida, llenos de fe y esperanza, sólo se mitiga cuando pienso que siempre he de pertenecer a la misma familia cariñosa, para quien la ausencia de los hijos no se apaga, sino que acrecienta el afecto.

A la Bordadita le he pedido muchas veces que grave en mi mente las enseñanzas recibidas en este inolvidable claustro, alma fecunda que sabe hacerse amar como la patria, y que, como ella, es timbre de nobleza,